

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 15 DE DICIEMBRE DE 1840.

LITERATURA

árabe.

Las ciencias y la literatura brillaron entre los árabes en un tiempo en que eran desconocidas en la Europa. El esmero con que fueron cultivadas las hizo producir algunas flores entre las arenas de un abrasado clima, cuando el continuo riego de sangre impedía que brotasen en un terreno mas ventajoso. Los árabes como nacion, y los monges cristianos como individuos aislados, custodiaron con loable celo el depósito de la erudicion antigua, enriqueciendo con tal cual verdad nuevamente descubierta el tesoro de doctrina que habian acumulado. La filosofía tal como Aristóteles la habia comprendido, y la medicina primera necesidad de un pueblo esencialmente guerrero, fueron estudiadas por los árabes, quienes las revistieron de tantas sutilezas y abstracciones que las dejaron bien marcadas con el sello de su imaginacion oriental. La corte de los califas y la de los príncipes y emires que mas tarde desmembraron su mal unido imperio, era el foco de ilustracion de aquellos siglos, y el asilo de los filósofos y matemáticos que entónces vivian. Aquellos pueblos que poco ántes se habian arrojado desde el desierto sobre los países mas

bellos del mundo, y señalado con sangre las huellas de sus caballos, recibieron como herencia de la antigüedad un fuego que se habia casi estinguído, y le conservaron para que de nuevo pudiera encenderse la antorcha de la ciencia; así es que su literatura puede considerarse como el único eslabon que engarza la decadencia de las letras con su restablecimiento, el único poder intelectual en el interregno del genio, el único faro que despedía vacilantes rayos en días tan nebulosos que su obscuridad llegaba á competir con las tinieblas de la noche.

Pero la poesía primitiva de los árabes, expresión enérgica de los sentimientos de un pueblo nómada y belicoso, permaneció largo tiempo como sepultada en los vastos arenales que la habian servido de cuna. Producción indígena y espontánea de un clima ardiente, no era fruto arrancado á los jardines de la Grecia, y por lo mismo fué mirada con desdeñosos ojos en la época del renacimiento, en que el sello griego se reconocia como único tipo de belleza ideal, como único molde en que debian vaciarse las creaciones de la fantasía. Mas ahora que no se esteriliza ningun manantial de emociones fuertes y halagüeñas el gusto oriental ha sido acogido en Europa con admiracion y entusiasmo: y se va explotando con ardor tan fecundo minero. En los mas cultos idiomas se han traducido aquellas inspiraciones que tanto poder ejercian en el alma de los hijos del desierto: que ora arrancaban lágrimas de hiel con el recuerdo de un infortunio, ora derramaban el bálsamo del

consuelo en la herida que abrieran. Las antiguas Moallakas, estos admirables cantos anteriores al Islamismo, que, sobresaliendo entre cuantos se recitaban en la feria anual de Oc-cadh, á la que concurrían todos los poetas de la Arabia, eran suspendidos en la paredes del templo de la Meca, han sido buscados con afán y se han encontrado hasta siete de estos poemas tan extraordinariamente laureados. En estos magníficos despojos de un grande naufragio, y en los demas restos de la poesía árabe primitiva se descubren rasgos sublimes de sencillez encantadora, de magestad imponente, y de energía asombrosa.

Para dar una muestra de los dotes que caracterizan esta poesía hemos traducido una pieza entresacada de la colección titulada *La Hamasa*. Trabajoso ha sido ajustar al metro castellano la concisión de la prosa francesa, pero luchando con tenacidad hemos vencido algunas dificultades, y la presentamos con el mismo orden y forma de pensamientos que existe en la traducción de Goethe. Este insigne escritor considerando este poema como digno de figurar al lado de las Moallakas aunque de posterior fecha puesto que es contemporáneo de Mahoma, se prendó tanto de su belleza que le tradujo é insertó en su obra titulada *El Divan*, acompañándole de las observaciones que transcribimos.

«El colorido de este poema es sombrío, oscuro como el de una noche tenebrosa. Todo quema en él; se siente la sed inestinguible de venganza, y la saciedad de esta pasión. No se necesitan palabras para comprender el genio del poeta; el sentido íntimo, la médula de su obra está compuesta de un carácter grandioso, de una seriedad terrible, de una ferocidad legítima. En las primeras estrofas se vé claramente la esposición. El cadáver que habla imponiendo á sus deudos la ley de la venganza; el encomio entusiasmado del difunto que exaspera el dolor de haberle perdido; la expedición que atraviesa las tinieblas de la noche; la voluptuosidad del triunfo en los placeres de una orgía; y el regocijo espantable del autor á vista de sus enemigos degollados, presa ya de los

buytres y de las hienas, son los rasgos mas principales de esta inspiración salvaje.

Pero lo que principalmente debe observarse en este poema es la transposición de los sucesos que componen su narración, siendo esto un medio sencillo y al mismo tiempo suficiente para cambiar en verdadera poesía la desnudez prosaica de la acción. Este cambio unido á la extrema simplicidad del poema eleva su carácter, y vuelve su gravedad mas espantosa y mas sublime. Al leerlo cualquiera que penetre su espíritu, vé desde el principio hasta el fin elevarse gradualmente todos los objetos ante su imaginación, como si aquel acontecimiento se realizara á su presencia.

I

Bajo una roca, en medio del camino,
Él yace degollado:
Ni gota de rocío matutino
Su cuerpo ha refrescado.

Una carga en mis hombros hame impuesto
Pesada con esceso:
Me la impuso y partió. Sí, lo protesto,
Yo llevaré su peso.

Que el hijo de mi hermana inexorable
Herede mi venganza;
Herédela el valiente, el implacable
Que brazo tiene y lanza.

Él calla como nítrea, y de su seno
Mortal ponzoña fluye.
Así la sierpe arroja su veneno,
Y el encanto destruye.

Sorprendido nos há un fatal mensaje,
Un mensaje de muerte,
Desdicha tan inmensa es un ultraje
Que abrumára al mas fuerte.

El destino me irrita: herido deja
Al que era buen amigo;
Al hombre que jamas tuvo una queja
Con quien le daba abrigo.

Era el blando calor que el sol derrama
 Cuando entumece el frio;
 Sombra y frescura cuando Sirio inflama
 Los rayos del estío.

Secas las piernas, y húmedas sus manos.
 Nada mezquino habia
 En sus miembros robustos y lozanos.
 Grande era su osadía.

Firme en su voluntad á un solo objeto
 Decidido volaba,
 Reposaba despues, y con él quieto
 Su querer reposaba.

De sus manos la dádiva caía
 Cual de la nube el viento:
 Piadoso era, mas cuando arremetía
 Era un leon violento.

Marchaba al frente de su tribu fiera
 De todos conocido
 Por su negra y tendida cabellera,
 Y su largo vestido.

Cual lobo flaco sobre sus contrarios
 Sañudo se arrojaba
 Porque él nutría de alimentos *varios*
 Hiel ó miel siempre daba.

Terrible avanza con bridon y espada
 Sin mas escolta en torno,
 La sangrienta señal de la jornada
 Llevando por adorno.

II

Partimos cerca ya del medio dia
 Cruzando con afan
 La sombra densa de la noche fria
 Como nubes que vienen y que van.

Cada uno con su espada; la sacaba
 De la vayna fatal,
 Y entonces un relámpago brillaba.
 Una espada era cierto cada cual.

Del sueño los vapores aspiraron
 Y durmiéronse allá,
 Luego que sus cabezas vacilaron
 Herimos: ellos no existian ya.

Venganza atroz fué nuestro sumo gozo.
 Rica venganza á fé!
 De dos tribus enteras el destrozo
 Salvó los ménos que posible fué.

Su lanza el Hudselita roto habia
 Cuando en él la clavó.
 La lanza del caudillo que yacia
 Las tribus hudsELITAS quebrantó.

Aspero sitio le escogieron ellos
 Para final reposo:
 El casco se rompian los camellos
 En risco tan fragoso.

Cuando brilló la aurora en este lecho
 Le encontró saqueado:
 Del botín que cogiera sin provecho
 Le habian despojado.

Mas, bajo mi venganza hoy han caido
 Los Hudselitas, sí,
 Jamas al infortunio me he rendido:
 El infortunio se amortigua en mí.

La lanza tuvo sed: en la primera
 Copa templó su ardor;
 Mas no le fué vedado que bebiere
 Una vez y otra vez de su licor.

III

Ya podemos probar agora el vino
 Que estaba prohibido:
 Con trabajo infinito he conseguido
 Tan dulce permission.

Y aquesta permission, pues, bien tamaño
 Hoy á todos alcanza
 La he estendido á mi espada y á mi lanza
 Y á mi fuerte bridon.

Sawad hijo de Amré! dame la copa,
Dámela, el cuerpo mio
Es una enorme llaga; por mi tío
Lidié con tanto ardor.

Cuando á los HudsELITAS ofrecimos
La copa de la muerte,
La copa que despecho y rabia vierte
Y ceguera y horror;

De los lobos la faz resplandecia
Y las hienas se rieron
Y los buytres mas nobles descendieron
Para su hambre saciar.

Y lentos de cadáver en cadáver
Repletos discurrían:
Tan rico el pasto fué que no podían
Sus alas levantar.

Toda esta composicion respira la grandiosidad mas salvage. En ella la justicia aparece con el semblante de una furia, el deleyte está en la matanza, y una sed inestinguible de sangre humana devora las entrañas. Aquellas tribus entregadas en brazos del sueño, respirando los espíritus del reposo; aquellos hombres cuya cabeza está vacilando, y á quienes se degüella en medio de un profundo silencio; la lanza sedienta de sangre, y la copa de muerte ofrecida á los enemigos, el número de estos que escapa de su venganza, y es el menor posible: el reir de las hienas, la alegría de los lobos resplandeciendo en su cara, los buytres que se apacientan paseándose de cadáver en cadáver hasta que la saciedad les embaraza para tomar su acostumbrado vuelo, todo este conjunto es espantosamente grande y de una simplicidad homérica. Creyérase uno que descende á tenebrosa caverna llena toda de humanos despojos, y que en medio de un horrible silencio, el viento de la noche mezclando con su soplo glacial los vapores exhalados de las tumbas le rodea de un terror inesplicable."

T. A.

El Príncipe de Viana.

1464.

Cuando Cárlos, príncipe de Viana, desde la galera que le arrebatava léjos de Mallorca, vió los opacos muros del real palacio en que tantas horas de paz y de estudio habia gozado al son de las olas que batían sus cimientos, y la ciudad en que dejaba mas de un recuerdo y mas de un beneficio, desaparecer y perderse en el azul de los cielos, levantó á estos una dolorosa mirada de súplica y desamparo, y luego inclinó la cabeza, y cruzó los brazos debajo de sus vestidos, como si se preparara á amargo trances, y se entregara arrancado del puerto á la corriente de su desventura. Hijo del rey de Aragon y de la reina de Navarra, prometido á Isabel hermana de Henrique IV y mas tarde heredera de Castilla, primo de Fernando rey de Nápoles cuyo trono le habian antes ofrecido los barones del reino, habia ya reusado una corona, y podia prometerse otras tres, reuniendo la España entera bajo su cetro; y en la opuesta orilla de Cataluña aguardábanle á su desembarco las fiestas y homenajes de sus vasallos, el amor de mil corazones que por dó quier en su tránsito conquistaba, y sobre todo el abrazo de un padre desde largos años separado. Cárlos temia que el paternal abrazo semejante al de la serpiente no le ahogase al estrecharlo.

No pasaron ocho meses ántes de que el Príncipe puesto en cadenas en Fraga por órden de su padre se acordase de su sombrío presentimiento. Juan II despues de pasear á su cautivo por Fraga, Aytona y Zaragoza testigos del horror de su atentado y de la inocencia de su víctima, le encerró en la fortaleza de Morella; y miéntras se levantaba de todo el reino un grito

de lástima y de indignacion; mientras los pueblos se hacian degollar por la libertad del príncipe, y vestian luto y celebraban rogativas como por pública calamidad, el palacio de los reyes de Aragon comparable al de los Atridas, veia rotos todos los vínculos de la sangre, y ultrajados los afectos todos en el cruel monarca que habia jurado la muerte de su primogénito, en la ambiciosa Juana Enriquez su segunda consorte que urdia la ruina de su entenado; y en la desnaturalizada condesa de Foix hija de Juan II pidiendo la sangre de su hermano á precio de la corona de Navarra.

Una hermana tenia Carlos, la virtuosa Blanca, único miembro de su familia con quien le unian el amor, la desventura y el odio de su padre. Reina un dia de Castilla, y arrojada del tálamo real por el imbécil Enrique IV su esposo, al volver á la casa paterna encontrándose como estrangera en un vasto desierto, habia entregado todo su afecto, y enlazándose cual débil yedra al príncipe, sin advertir cuan incierto era su apoyo y cuán combatido por los vientos. Cuando se la arrancó de su hermano, en vano pidió compartir con él el peso de las cadenas y acompañar su solitaria cautividad; pero sus llantos y su horfandad que eran un ultraje para aquella corte corrompida, y las instigaciones de su implacable hermana la de Foix hicieron que se la alejase á un castillo en la ribera del mar no lejos de Peñíscola. Gente numerosa que la sirviera y á un tiempo la vigilara, lujosos muebles y densas rejas, y aquel edificio mitad palacio y mitad prision, todo allí revelaba su destino de princesa y de cautiva.

Una noche, arrodillada en su reclinatorio, preñados los ojos de lágrimas, leia las preces escritas con oro y azul en su precioso devocionario, don de su difunta madre, cuyo nombre heredado por ella era tan caro aun á los fieles navarros. Habia paseado por la tarde orillas del mar, cuyas monótonas olas y monótono rumor tal melancolía y recuerdos despiertan en el alma; pero la de Blanca no se fijaba en los felices dias y fiestas de su juventud, ni en la espléndida corona que habia ceñido sus sienas, sino

en la sombría torre que encerraba á Carlos. Veíale pálido á veces en la húmeda cárcel, recostado sobre pajas, y entónces sin advertirlo apartaba la almohada é hincaba sus rodillas en el frio suelo para orar. A veces le creia ya difunto víctima del odio de sus enemigos, y entónces dirigia á él mismo la oracion con que ántes imploraba por él, pidiéndole la llamase á sí para reunirse en los cielos.

Unos dulcísimos acentos que lánguidamente y á deshora sonaron cual bajados de las nubes, vinieron en aquel momento á aumentar su ilusion. Corrió Blanca á la ventana, y al nebuloso resplandor de la luna distinguió un hombre armado, que era el autor de aquel canto acompañado é interrumpido con los sonidos de una bandurria. Discurrió luego que seria aquel hombre un amigo, un salvador, y que se encubria allí quizá un artificio que en bien suyo debia resultar; y mandó á sus damas, á quienes el canto habia llamado tambien á las rejas, que introdujeran al trovador, mostrando tal imperio en su rostro habitualmente dulce y suplicante, que no osaron aquellas resistirse á sus deseos, á pesar de la severidad de la vigilancia, y del rigor de las instrucciones recibidas.

A poco rato un caballero de gallarda y elevada estatura, calaña la visera, hincó la rodilla ante Blanca como á dama, y como á princesa, y á ruego de ella con voz al principio trémula entonó el siguiente canto que las damas y los sirvientes escucharon ávidamente sentados en derredor:

Colguen les gents ab alegria festes,
Loant á Deu, entremesclant deports;
Places, carrers, é delitables hòrs
Sien cercats ab recont de grans gestes;
E vaja jo los sepulcres cercant,
Interrogant animes infernades;
E respondrán, car no son companyadas
D'altre que mí en son continu plant.

O vos mesquins, qui sots terra jaeu
Del colp d'Amor ab lo cors sangonent,
E tots aqueils qui ab cor molt ardent
Han bé amat, prech vos nous obliden.
Veniú plorant, ab cabells escampats,
Uberts los pits, per mostrar vostre cor

Com fonch plagat ab la sageta d'or
Ab que Amor plaga 'ls enamorats.

Jó viu uns ulls haver tan gran potença
De dar dolor e prometre plaher,
Y esmaginant viu sus mí tal poder
Que 'n mon castell era esclau de remença.
Jó viu un gest e sentí una veu.
D' un febie cos; e cuidara jurar
Qu' un hom armat jo 'l fera congoxar
Sens romprem pel; jo 'm so retut per seu.

Mos sentiments son axí alterats
Quant la que am mon ull pot divisar,
Que no' m acort si so 'n terra n' en mar,
Y 'ls membres luny del cor finch refredats.
Sí 'm trob en part ont li pusca res dir,
Jó crit algú perque ab ell m' escus:
Aquesta 's por perqu' ella no 'm refus
Crehent mon mal de mala part venir.

O ver Amor! tu ínoch e reclam,
Puix m' has plagat, vullés m' abandonar
Aquell unguent que sol medicinar
Los pacients que per tú mal passam.
O tú qui ets sobirana dolor
Quant desiguals los volers fas venir,
Not veja tal, ó m' atorga 'l morir;
Dolça 'm sera de la mort l' amargor.

O trovador, exclamó Blanca, vuestro canto es mas dulce que el del cisne, y mas grato que el aroma del incienso.

— Ah! señora, el cisne solo es canoro cuando muere, y el incienso oloroso cuando arde.

— Pueda un día, continuó sonriendo la princesa, la blanca mano de vuestra dama estrechar la vuestra y coronar tanta constancia.

— Jamas será mia, ni puede serlo.

— Y la amais con todo?

— Sí, respondió el trovador, y señalando la entreabierta ventana, ¿No amais, dijo, esa luz plateada de la luna, y esos sonidos de la noche que vienen del bosque ó del mar, y sobre todo al Ser invisible autor de estas bellezas y armonía, sin rivalidad con las demas criaturas, y sin pretension de llamar á estos objetos exclusivamente vuestros? Así amo yo.

— Mas, qué deseos os alimentan?

— Mis deseos son eternos como el amor que los produce, y que sin ellos se extinguiera. Mi corazon tiene sed infinita, y no encuentra quien

llene su océano: á los corazones vulgares y pequeños basta una gota para llenarlos. El mundo no sabe lo que es esta llama, que arde en el alma sin tocar la carne y sin menguar ni consumirse, que sin pábulo alguno de la tierra se eleva recta y pura hácia la region del fuego, y que tanto deleita miéntras atormenta. Yo sí, lo sé, en quien amor ha colocado de tal manera su trono, que parece estrangero en cualquier otro corazon, y á quien ha revelado todos los tesoros de su esencia y todos los tormentos de sus heridas.

— Y no desearais sanar de ellas?

— La muerte solo puede sanar del amor; el amor y la muerte estos dos bienes supremos del hombre, si la paz é inmovilidad de la una pudiera conciliarse con la agitacion y delicias del otro. En cuanto á mí, añadió con voz mas triste que nunca, para tener completo descanso en el otro mundo, será preciso que Dios me diga que *ella* en este ha llorado mi muerte, y que salve una sola centella del naufragio de la tumba.

Blanca estaba conmovida, y aquella voz y aquellos pensamientos no le parecian por otra parte desconocidos. Mandó despejar la estancia, y todos los sirvientes se retiraron, escepto una dama que se colocó al otro extremo del aposento. Entónces el caballero levantó su visera, y la princesa exclamó gozosa: Sí, el mismo sois que sospechaba, Ausias March (*), el inmortal trovador, el fiel amigo de mi hermano." El caballero tenia el rostro encendido, los ojos en el suelo, y temblaba como un niño.

— Ah! continuó Blanca, siempre me acordaré de vuestras trovas que coronaba con mi propia mano, de los certámenes poéticos en que competiais con Cárlos, y despues cuando me acompañasteis á Castilla para mi himeneo malhadado. Jamas os he visto tan triste como al entregarme á mi real esposo en medio de las

(*) Debemos advertir que asi los versos que hemos puesto en boca de Ausias March, como la mayor parte de los pensamientos que emite en su diálogo, han sido extraidos de las obras que dejó aquel célebre trovador.

fiestas y aclamaciones de dos reinos. Sin duda presagiabais que seria desdichada, y las espinas que me aguardaban en mi tálamo de rosas.

— Y no sois sin embargo la mas desdichada.

Si el corazon de Blanca no estuviera lleno con los recuerdos de su hermana, en aquella tierna y dolorosa espresion hubiera adivinado los tormentos de Ausias y la causa de su timidez.

— Ah! sí, respondió: teneis razon; Cárlos ha sufrido mas que yo. Pero, decidme, vive acaso?... se acuerda de su hermana?... porque él sin duda es quien os envia á mí.

— Vive, y vive por vos á quien solo ama, porque ¿de qué sirve la vida sino para amar?

— Pero; ¿no es verdad, decidme vos que penetráis hasta él, que sus carceleros son mas duros, y su encierro mas solitario que este mio, que no hay adornos en su prision como esos que me rodean que cubran su desnudez y opacidad; ni penetra en ella, cual aquí, la luz y el puro ambiente de los campos? ¿No fuera mejor que allí juntos nos hubieran encerrado?... Oh! volved os suplico, á la torre de Morella para no abandonarle mas, habladle de mí amenudo, y os serviré de rodillas toda mi vida por un instante que le deis de consuelo.

— Consuelo, y aun libertad podrá deberos, si os resolveis á un sacrificio...

— Sacrificio!... ¿y hasta ahora me lo habiais llamado?... Y la princesa no alentaba de inquietud y de esperanza.

En este momento se oyeron al pié de los muros numerosas pisadas de caballos, y luego gran rumor y agitacion en el castillo, cuyas gentes bajaron todas, inclusa la vigilante camarera. Inmutóse Blanca, y volviéndose á Ausias, Alguien viene, le dijo, cuya presencia, no deseo; retiraos dó quiera... aquí, tras esos tapices... Por vuestro honor y seguridad mia, no lo rehuséis: que no es mengua para un caballero ocultarse á ruegos de una dama.

No tardaron en presentarse á la puerta del salon algunos pages con antorchas, tras de los cuales esperaba Blanca ver aparecer el rostro seco y bilioso de su padre; pero se desengañó al hallarse luego á la presencia aun mas odiosa

de su hermana Leonor condesa de Foix en cuya deprimida frente y malignos ojos se retrataba su alma entera.

Sentóse Leonor junto á su hermana primogénita mirándola de hito en hito como la serpiente á la paloma. Y bien, empezó despues de un largo intervalo ¿es mejor para tu salud este retiro?

— Oh! mucho mejor; el aire que respiraba con vosotros me hacia daño.

— Sin embargo, el aire del destierro, por puro que sea, puede por fin acarrear la muerte; y la prision no es muchas veces mas que la antesala de la tumba. Y con voz hueca y misteriosa, preguntóle luego: Blanca ¿has sabido algo de tu hermano?

La desgraciada princesa sintió desfallecerse y helársele la sangre. Ah! dime que se le levanta ya el cadalso, que se le lleva á la muerte, ó que ha muerto quizá; á tí pertenece esta embajada, y me verás caida, espirante á tus pies; y tu placer será inmenso, como será inmenso mi dolor.

— Te engañas hermana; si tuviera sed de la sangre de Cárlos, en vez de volar de noche á esta solitaria torre, hubiera corrido al palacio de nuestro padre, y mostrándole estas cartas le diria; aquí tu hijo llamaba los enemigo al centro de tu reino, aquí desmembraba tus estados, aquí maquinaba contra tu vida. Y al decir estas palabras agitaba unos papeles en que aparecia la firma de Cárlos.

— Fruto inicuo de la calumnia y de la impostura, exclamó Blanca.

— Cuyo veneno no fuera por esto menos eficaz para la muerte. Y con todo á entregártelos he venido; si á barato precio los redimes. En mis manos están la vida y la muerte de Cárlos: en una el pergamino de tu renuncia en favor mio de los derechos á la corona de Navarra, que te concede la primogenitura, está aguardando tu firma, en la otra las fatales cartas que aguardan un no para perderos.

— ¡Dios mio! así juegas con una corona la vida de sus hermanos!

— Soy madre mas bien que hermana, y mis

hijos nietos de tantos reyes no pueden bajar al sepulcro sin diadema, ni debo aguardar á que se estingan dos vidas para ceñírsela. Además, añadió con amargura, ensayaste ya que una corona no puede sostenerse sobre tus sienes, ni tú incapaz de ser madre sabrias que hacer de ella, á no ser que la legases á tu esposo en correspondencia del amor con que te ha distinguido.

— No, repuso Blanca; mi madre me acusara desde el cielo si te abandonase esta herencia que hizo florecer con sus virtudes. Harto te conozco, Leonor; no puedo confiarte la suerte de tantos pueblos.

— Y bien, adios, heredera de Navarra: prepárate á subir al solio, porque pronto estará vacante.

— Oh! dame ese papel, exclamaba Blanca con agonía al ver alejarse á su opresora; firmaré mi sentencia de muerte si importa, al lado del perdón de mi hermano. Y arrebatando el pergamino firmó sin leerla la renuncia que á causas de sus dolencias hacia en favor de su muy amada hermana la condesa de Boix, de los derechos que le pertenecian y pertenecieran en lo sucesivo, y con la otra mano cogió los pérfidos papeles que compraba con aquel sacrificio.

Después de exigir á su víctima el juramento del secreto, alejóse satisfecha Leonor murmurando entre dientes: Desgraciada, no salvaste la vida de tu hermano, sino la tuya; porque la muerte hará con otros lo que he obtenido de tí con la pluma.

Blanca quedó inmóvil é insensible, pero sus sentimientos estaban agotados, y al levantar sus estraviadas ojos de las fatales cartas que tenia en su mano todavía, halló á Ausias á su lado. Cumplido está el sacrificio, le dijo con fúnebre sonrisa; solo hubiera preferido que vuestros labios me lo anunciaran mas bien que los de esa muger.

— Ah! señora, no es esto lo que pedia el príncipe, sino que acudierais por él á las súplicas y al corazón de vuestro padre. Habéis firmado la ruina vuestra y la suya, y yo lo veía, y estaba á dos pasos, y no podía impedirlos porque me tenia atado mi palabra de caballero.

— Pero no veis estos papeles?... le hubieran muerto.

— La perfidia los fraguó, y fraguará otros mil si le conviene. ¿Creeis que su vida esté mas segura desde que es el único obstáculo á la ambicion? La renuncia que vos firmasteis con tinta, ojalá no la firme él con su sangre... Pero esa fatal firma, añadió, ha de borrarse con la punta de la espada.

Y partió dejando á Blanca desfallecida en brazos de sus damas.

(Se continuará.)



Con este número se reparte á los suscriptores de la Palma que lo sean igualmente á la Coleccion de vistas, edificios y paisages, la lámina que representa á Palma vista por el lado del Oeste, primer ensayo de la admirable invencion del daguerrotipo aclimatada ya entre nosotros, cuando era todavía desconocida en casi toda la peninsula. Los artistas que se han servido de él, y el público de Palma han tenido igualmente motivo de felicitarse, aquellos por el buen éxito de su empresa, nosotros por la exactitud con que hemos visto reproducidas las bellezas de la naturaleza y del arte que adornan nuestra patria. Desde ahora esta empresa artística no se separará de la nuestra literaria, con quien tanta analogia tiene en su objeto, y cuya union habian retardado causas independientes de nuestra voluntad. La muchedumbre de objetos que ofrece la presente lámina, nos dispensa de fijarnos en ninguno por ahora; los fuertes muros de Palma, su bellissima Lonja, la parda torre del Angel, y la gigantesca Catedral que descuelia sobre todos estos edificios, son monumentos que deben examinarse uno por uno. En el discurso del presente mes se entregarán otras dos láminas, representando una la misma Ciudad vista por el lado de la Portella, otra la fachada de las casas Consistoriales que da á la plaza de Santa Eulalia, que va quizá á demolerse para precaver la ruina que amenaza, y que pasará á ser escombros antes de haber sido edificio.

PALMA DE MALLORCA.

* Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.